

Guía sindrómica abreviada de ética en el mundo actual (del imperativo categórico a la globalización)

Herrero Huerta F

Jefe de Servicio de Medicina Interna
Hospital G.U. Morales Meseguer. Murcia

Introducción y justificación

En el presente trabajo intento describir la situación actual del mundo con mi óptica particular, desde mi condición de médico, que incluye la de ciudadano y paciente potencial.

Aunque la situación no invita precisamente al optimismo, en modo alguno tiene por qué empañar la esperanza y el deseo de mejora, que todo el mundo deberíamos albergar, simplemente por el hecho de levantarnos cada día y poder proseguir nuestra aventura existencial única e irrepetible.

Es conveniente hacer acopio de lucidez crítica y sosiego emocional, que nos permita como seres humanos estar de acuerdo con nosotros mismos y al mismo tiempo formar parte armónica de nuestra realidad circundante.

El sentido de la vida, en mi criterio, solo está residenciado en la capacidad que cada uno de nosotros tengamos para asimilar e interpretar convenientemente esa sucesión azarosa y altamente improbable de hechos que nos sobrevienen, en muchas ocasiones a nuestro pesar. En definitiva, la vida ocurre, fluye, no tiene sentido en sí

misma, sino el que cada uno de nosotros le queramos dar. Sería el ser humano ante su soledad metafísico-existencial.

Por otro lado, el Yo individual, irrepetible y unívoco solo adquiere sentido y plenitud, en la medida en que se contrasta y complementa con el resto de las personas del verbo. Somos animales sociales y esta es una cualidad, alejada del gregarismo, que implica la puesta en marcha de proyectos de vida en el seno de la sociedad que nos facilita el ejercicio de una serie de derechos, pero también nos exige la obligación de cumplir con una serie de normas, sin cuya observación se dificulta sobremedida la convivencia. Hoy día, debido a la multiculturalidad y multiplicidad moral en la que nos hallamos inmersos, la defensa de los derechos humanos, tanto individuales como colectivos, y el escrupuloso cumplimiento de las obligaciones subsiguientes se ha convertido en uno de los principales objetivos que debemos tener los seres humanos como ciudadanos y habitantes de un planeta que sufre de tremendas injusticias en el plano económico, social, sanitario y político, así como de continuos atentados ecológicos que, de no atajarse,

podrían poner en peligro su viabilidad y nuestra supervivencia.

Por tanto, hoy día coexisten dos maneras complementarias y no excluyentes de afrontar la aventura existencial, que podrían formar parte de lo que podríamos denominar "Manual ético de instrucciones para el día a día". Por un lado, en el plano individual nos valdremos de una ética de principios, refrenada por una serie de valores contrastados y, por otro, en el plano colectivo nos encontramos abocados indefectiblemente a acogernos a una ética globalizadora, más bien finalista y de consecuencias, más allá de ideologías y credos, en la cual la lejanía geográfica no diluye ni excluye las responsabilidades ante el resto de los semejantes, ante el resto de las especies animales y ante el propio planeta tierra, sobre todo en lo concerniente a su conservación y respeto de su salud ecológica.

El gran teatro del mundo

Si se me permite la formulación calderoniana, como en cualquier feria que se precie, hay que salir de la caseta al exterior con un megáfono y atraer a los transeúntes con el muy clásico: "pasen, pasen y vean". No se trata de enseñar al hombre elefante o a la mujer barbuda. Se trata de dar a conocer a un enfermo ilustre, nuestro Mundo, saber qué males le aquejan y el pronóstico de la situación. De igual modo, con qué herramientas y material contamos para su abordaje y análisis, así como el escenario donde transcurre la acción, los actores que intervienen y el argumento que se escribe, que escribimos interactivamente todos y cada uno de nosotros, en el día a día.

Podríamos definir nuestro Mundo usando la analogía médica como un enfermo ilustre, pluripatológico y oligomedicado. Ilustre porque solo tenemos

este y deberemos cuidarlo como oro en paño. Puripatológico porque soporta multitud de agresiones detrás de la mayoría de las cuales se encuentra la mano del hombre. Valgan como ejemplo de las plagas que lo azotan el hambre; la pobreza; las enfermedades como el sida, la tuberculosis y la malaria; la violencia, bien en forma de guerras o terrorismo; y los atentados ecológicos en forma de emisión incontrolada de CO a la atmósfera, tala indiscriminada de bosques o desgracias naturales como terremotos o inundaciones.

Oligomedicado, porque las soluciones o remedios escogidos para paliar tanta calamidad son insuficientes, cuando no ridículos, en comparación con la magnitud de la tragedia. A la vista están la poca influencia y efectividad de la ONU; la ineptitud y corrupción de muchos gobiernos; la falta de infraestructuras allí donde y cuando más falta hacen; la malversación continuada y criminal de recursos naturales como ocurre en la Amazonía; la ignorancia del protocolo de Kyoto, precisamente por los países más ricos y más contaminadores; la complicidad entre gobiernos occidentales y la industria farmacéutica para no proveer de medicamentos esenciales a países que los necesitan imperiosamente y no los pueden costear. Solo queda la acción benéfica y valiosísima, pero insuficiente, de las ONG, que llegan allí donde los gobiernos se inhiben o miran hacia otra parte.

A la hora de hacer un diagnóstico de los males que le aquejan, la complejidad y pluralidad de las posibles causas, nos conducen a la indeterminación, como si en Italia, al tratar de averiguar una paternidad dudosa, a uno le llaman "figlio de la cooperativa", señal de que, por múltiple, viene a ser difícil de precisar. En cualquier caso, en el análisis de situaciones injustas y lacerantes, es básico discernir las causas que las originan de las consecuencias

derivadas de ellas y, sobre todo, no tomar unas por otras. Así, no es lo mismo romperse la cadera por una caída, que fracturarse espontáneamente dicha articulación y caerse. De igual modo, un marido puede parecer deprimido porque su mujer le ha dejado, cuando en realidad el abandono se ha producido porque es un depresivo convicto y crónico. De ahí la importancia del matiz y del orden de los hechos, para que los análisis de lo que pasa, sean certeros y no nos ocurra como a algunas personas bienintencionadas y samaritanas, que tras un apuñalamiento se ponen a vendar solícitamente el cuchillo.

Como resumen, la Humanidad en el momento actual tiene que afrontar varios desafíos, que no admiten demora y en los que nos jugamos en gran parte el bienestar y progreso de nuestro futuro a corto y medio plazo. No son los problemas de otros, sino que nos afectan a todos en mayor o menor medida y con consecuencias imprevisibles si no sabemos resolverlos debidamente.

Con estas perspectivas, no es difícil asumir que el pronóstico es obligadamente incierto, sobre todo si los países desarrollados, que son los que tienen en su mano las ayudas decisivas para resolver estos problemas, no actúan con rapidez y decisión. Y no vale decir que se aprieten el cinturón países que ni siquiera lo tienen. J. D. Sachs, paladín de la lucha contra la pobreza y uno de los economistas más influyentes del planeta, considera prioritario acabar con la hambruna, mejorar las condiciones higiénico-sanitarias y suavizar las leyes del comercio internacional en estos países, para que puedan salir del marasmo en el que se encuentran y estén en condiciones de erradicar la pobreza por su propio esfuerzo. Por tanto, ¡ingerencia humanitaria YA!, allí donde corresponda.

El llamado tercer mundo, del que el continente africano sería su ejemplo más característico, en palabras del escritor L. de Sebastián, necesita de una serie de medidas, que resume en su libro *África pecado de Europa*. El mundo occidental tiene una asignatura pendiente en el plan de acción para salvar a África o mejor para que África se salve a sí misma. Hasta ahora, las ayudas en manos de gobiernos corruptos o ineficientes han conducido a la perpetuación del caos político y a la emigración masiva hacia Europa. La ayuda efectiva tiene que pasar ineludiblemente por la creación de comunidades, mercados, empresas e infraestructuras locales con sistemas de microcréditos, que faciliten y fortalezcan cualquier iniciativa al desarrollo. Sería el "no me des pescado. Enséñame a pescar".

Herramienta y material de trabajo

Para afrontar nuestro devenir existencial, tanto a nivel individual como colectivo, el ser humano, a diferencia de las demás especies, cuenta con una herramienta insustituible como la Razon, cuya principal arma es la inteligencia y nunca atenta contra la lógica, y con materiales de construcción de esa convivencia de primer orden, provenientes de yacimientos inagotables como son la Ética y su rama Bioética y el ordenamiento jurídico, derivado del Derecho.

La razón en su sentido pleno es la que "piensa la vida" sin reducirla a abstracciones, ni situarla fuera de los límites de la inteligencia y de la comprensión humanas.

La ética, en su sentido más kantiano, se caracteriza por un compromiso incondicional con la libertad y la dignidad humanas y con la convicción de que la obligación moral, el imperativo

categórico, no deriva ni de Dios, ni de marcos legales, ni de preferencias o deseos personales, sino exclusivamente de la razón. Cuando desde el plano individual la ética se traslada al colectivo para facilitar la convivencia en una sociedad cultural y moralmente pluralista, la ética se convierte en civil o ciudadana con la misión de buscar unos mínimos éticos universales que permitan el diálogo, el respeto y el reconocimiento de la igualdad (justicia) y de la diferencia (tolerancia) entre personas y colectividades. Por tratarse de una ética plural de validez universal, debe ser aconfesional o laica, que es la única capaz de mantener la cohesión social sin restringir la libertad de conciencia. No obstante, como dice J. Júdez, cuando se habla de ética con pretensiones de generalización, se pueden lícitamente expresar convicciones religiosas, siempre que se articulen de manera personal y en conciencia y exponer, que no imponer, una cosmovisión católica de máximos, que celebra una perspectiva trascendente de la vida.

Como sostiene V. Camps, hay que compaginar, por tanto, los valores individuales tendentes a la perfección y la excelencia, valores de máximos éticos, con los colectivos o de mínimos éticos irrenunciables, que deben pasar ineludiblemente por el diálogo, la tolerancia, la exigencia de igualdad y el respeto de la diferencia entre los seres humanos. De igual modo, se debe considerar la seguridad como un elemento básico de la convivencia, pero sin olvidar que no debe representar una cortapisa de la libertad, pues cuando ello ocurre, en palabras de B. Franklin, se terminan menoscabando ambas.

Esta sería la manera, como sostiene A. Cortina, en que la ética nos hace "humanamente íntegros", y más que proclamar la libertad de volar, nos debe proporcionar los medios necesarios

para hacerlo, unas alas, como hace años vislumbró D. M. de Unamuno. Por tanto, si se me permite la expresión, la ética debe bajar los pies al suelo y debe remangarse y mancharse las manos hurgando en los dilemas éticos, que plantean los problemas cotidianos y candentes de la sucia realidad. Así se evita su confinamiento en una peligrosa e irrelevante abstracción teórica y se da carta de naturaleza a una ética aplicada o práctica, alejada, que no renega de los principios, con una clara vocación finalista o de consecuencias.

En lo concerniente al Derecho, nos debemos unos cauces jurídicos por los que transitar legalmente, respetando unas normativas de obligado cumplimiento para no perjudicar a terceros o, en caso contrario, para sancionar o amonestar al infractor. Sucede que en ocasiones la legislación no contempla contenciosos, debido a su novedad, rapidez de instauración y complejidad, con los consiguientes problemas de vacío legal ante una sociedad que reclama su pronta resolución.

Escenario

Los seres humanos no nos podemos sustraer a la época que nos ha tocado vivir ni a los condicionantes que conforman la situación actual, y que constituyen la llamada Globalización. En este escenario globalizador, en los albores del siglo XXI, adquieren gran importancia una serie de factores, que pasamos a revisar:

- Conocimiento científico impresionante y adelantos tecnológicos alucinantes. Son imparables, irreversibles y nos deben alcanzar a todos sin excepción y no ser el patrimonio de unos pocos. La 3.^a Revolución, equiparable en importancia, si no superior, a la agrícola y la industrial, conocida como la de la informática

y el ADN, se ha instalado y sus consecuencias, benéficas o no, pueden ser incalculables dependiendo del uso que de ella hagamos el género humano.

- En el ámbito de la salud y la enfermedad la relación médico-paciente ha cambiado de manera drástica, hasta el punto de que el paciente de sujeto pasivo ha pasado a ser el verdadero protagonista de su enfermedad, por lo que dicha relación se ha convertido de paternalista en autonomista, con todo lo que ello implica de respeto a la voluntad del paciente, sustanciada básicamente en el consentimiento informado y en los documentos de últimas voluntades.
- Los derechos humanos no se discuten en el ámbito teórico en ningún foro bienintencionado pero es en el plano práctico, a la hora de enjuiciar determinados comportamientos o conductas, ya sean individuales o colectivos, cuando surgen las dificultades y se puede producir su conculcación o violación. Los derechos individuales nacen de la concepción del hombre como ser único e irrepetible, dueño de un proyecto de vida autónomo, y los colectivos de ser animales racionales y sociables. Todo lo bueno o malo que nos pueda pasar está dentro de nosotros, a cubierto de elementos externos. Solo tenemos que temernos a nosotros mismos. Como en el caso del africano río Mara por las migraciones de ñus, más peligrosos que los cocodrilos de la realidad, somos los seres humanos, que podemos dejar el "trago existencial" lleno de cadáveres por nuestros propios abusos y atropellos y, en ocasiones, sin tener conciencia de ello. Somos dueños de nuestro propio destino y nos debemos dar estos derechos, para

no quedar a la intemperie frente a la adversidad, sobre todo los más débiles, en esta implacable y emergente sociedad actual. Además, la Carta de los Derechos Humanos como tal, quedaría incompleta y fútil si no se acompaña de la correspondiente de deberes con respecto a terceros. Como dice R. Levi ¿para cuándo una carta universal de deberes humanos?

- La multiculturalidad y el pluralismo moral van a ser a partir de ahora, los rasgos característicos de las sociedades democráticas y modernas. Como sostiene S. Pániker, vivimos una época de hibridismo y mestizaje cultural. El multiculturalismo no es un proceso ni un ideal, simplemente es un hecho, que hay que asumir y gestionar de la mejor manera posible. Ante ello, la sociedad actual tiene que universalizar y hacer efectivos sus fundamentos básicos, como son la igualdad de derechos, de oportunidades, de representación y de participación política. En lo referente al pluralismo moral, resaltar que solo adquiere su auténtico significado y dimensión en el espacio laico, pues de lo contrario se producen múltiples territorios estancos, que son múltiples pero no plurales, terreno abonado a la intolerancia y la confrontación, que hacen apropiada la anécdota de A. J. Toynbee, cuando un día le preguntó su hijo si creía en Dios. "Por supuesto que sí -le contestó-, siempre que esa creencia incluya el Dios de los chinos y los hindúes. Pero mucho me temo que no van a estar de acuerdo muchos seguidores de las tres religiones monoteístas, cristianos, judaicos e islámicos".

Por tanto, multiculturalismo y pluralismo moral han dejado de ser una anécdota abstracta, minoritaria y de ilustrados, para adquirir categoría de

concepto fundamental a la hora de la convivencia, sobre todo en el mundo occidental, mal llamado primer mundo.

- Los marcos ético y jurídico son los cauces que construimos para posibilitar y mejorar la convivencia. Son artificiales y modificables de acuerdo a la tozuda realidad, que a veces tensa el arco de la razón hasta abismarnos y producimos cierto vértigo existencial, ante la avalancha de nuevos conocimientos y acontecimientos. En materia ético-jurídica, la metafísica, la trascendencia o la religión no aportan nada a la norma, quedan en el ámbito de la conciencia individual de cada uno. En mi criterio, el camino debido lo marca la ética civil o ciudadana, que es un movimiento espiritual benéfico, en la medida que posibilita la libertad y la igualdad y, por ende, la democracia en el mundo. ¿Existe algo más espiritual? ¿Existe algo que nos haga más humanamente íntegros?

Estos marcos, ético y jurídico, deben marcarnos el rumbo sobre todo en esta época en que la confusión y desorientación subsiguiente no tienen vocación de interinidad. La educación y la cultura en su sentido más amplio, serían el mecanismo imprescindible, el antídoto, para erradicar la ignorancia, el mayor lastre para alcanzar la libertad, pues esta comienza allí donde termina aquella. La clave residiría, como mantiene A. Cortina, en educar en una ciudadanía justa, en la cual no eluden sus responsabilidades la familia, la escuela, los políticos y los medios de comunicación.

Todos estos factores componen y configuran las líneas maestras de la Globalización, que, como el dios Jano, es un proceso bifronte. En su haber cons-

ta un abaratamiento de los costes tecnológicos y de consumo, mejor reparto de la producción, mayor poder adquisitivo y mejor reparto de la renta en una buena parte de la población mundial. En su debe, una brecha cada vez más grande entre países ricos y pobres, la mayor sofisticación de las actividades ilícitas o delictivas, con florecimiento de mercados negros y comercio de armas, drogas y seres humanos, así como falsificaciones de todo tipo y atentados a la propiedad intelectual, por no hablar de la universalización de un terrorismo indiscriminado.

De las políticas coordinadas y eficientes de los gobiernos a nivel internacional, depende la estabilidad de muchos países y quién sabe si del orden mundial.

Actores y argumento

Los actores en este gran teatro, desde un punto de vista sociosanitario preferente, vienen representados principalmente por el ser humano bien sean pacientes, médicos, científicos, industria farmacéutica, gobiernos y la ciudadanía en su conjunto.

Los pacientes solo tienen una obligación, que es la de curarse, y solo un problema, que es la enfermedad, causante de un ataque a su autonomía y, por tanto, una coartación de su libertad como personas.

Los médicos no pueden cumplir con su sagrada función de devolver la salud a sus pacientes, si científicamente no están al día y si no son eficientes. Deben reciclarse por medio de la formación continuada y deben racionalizar el consumo de recursos, dada su limitación, hasta tal punto que no es ético hacer todo lo posible por el paciente sin mirar el gasto.

Los científicos tienen que decir la verdad y hacerla extensiva a todo el mundo sin excepción. Por tanto, su labor no tiene nada que ver con el fraude o con un afán desmedido de enriquecimiento en sus investigaciones.

La industria farmacéutica en un mundo capitalista, con economía libre de mercado, busca los beneficios económicos lógicamente a través de la investigación de nuevas tecnologías y, sobre todo, de la búsqueda de nuevos medicamentos. Pero esta labor imprescindible para el progreso y bienestar, queda incompleta y falta de sentido, si no se acompaña simultáneamente de un componente social benéfico lo más amplio posible y de una escrupulosa labor ecológica de respeto al medio ambiente, que se sintetiza en no contaminar con residuos y el hacerse cargo de los costos que ello suponga. Hoy día, parece que las grandes compañías farmacéuticas gastan el doble en promoción de medicamentos que en investigación de los mismos, lo que hablaría bien a las claras de los escasos escrúpulos a la hora de primar las ventas por encima de las verdaderas necesidades de los consumidores. Deberían establecerse códigos de comportamiento en la promoción de fármacos, al propio tiempo que debería velarse por su estricto cumplimiento. A. Rábago, el Roto, en una genial y devastadora viñeta lo resume: "Hemos inventado una vacuna ficticia para una enfermedad imaginaria y nos vamos a forrar".

Un asunto actual y polémico es el del respeto a la patente de los medicamentos y el uso obligado de alguno de ellos para salvar la vida de miles de pacientes de países que no pueden afrontar el costo. Cuando el derecho a la propiedad intelectual se considera inviolable y se le confronta con el derecho inviolable y sagrado a la salud y a la vida, el dilema ético está servido y mala situación se plantea cuando alguno de

los dos prevalece sobre el otro como solución del conflicto. Dado que ningún enfermo debe quedar sin tratamiento pudiéndolo tener a precios asequibles, del mismo modo no se debe dejar toda la responsabilidad, en exclusiva y de modo altruista, a las empresas farmacéuticas, que de este modo dejarían de investigar. En mi criterio se trata de un problema que nos alcanza a todos y deben ser los gobiernos los que, de manera mancomunada o en consorcio, indemnicen a las empresas perjudicadas por la fabricación de genéricos sin respeto del derecho de patente. Igualmente los gobiernos de todos los países deberían subvencionar debidamente a las empresas que apostaran por la investigación de fármacos para las denominadas "enfermedades huérfanas", que dejan abandonados a su suerte a quienes las padecen.

Los gobiernos deben crear los marcos adecuados de actuación, cumplir y hacer cumplir las normativas vigentes, persiguiendo las conductas reprobables de modo efectivo y amparando a los segmentos de población más desfavorecidos.

La ciudadanía como conjunto debe tener acceso a la adquisición de una educación, fundamental en el terreno sanitario, y de un nivel cultural, que le facilite el resistir presiones y lavados de cerebro, vengan de donde vengan. Se trata de una labor lenta y sorda, pero que a la larga genera un tejido social potente, que facilitará sobremanera el diálogo social tan necesario hoy día. Como dice F. Capra: "Los ciudadanos comunes debemos cuestionar el uso incorrecto de los absolutos, oponernos a la inamovilidad de certeza moral de algunos y evitar decantarnos por dicotomías simplistas en cuestiones complejas de profundo calado moral, que precisan de análisis profundos y sosegados". Como dice R. Sánchez Ferlosio, lo único necesario para sentirse

moralmente autorizado para cometer los mayores delitos, es estar convencido de llevar razón. En base a esto se han cometido grandes crímenes y es en estas situaciones cuando adquiere un fulgor esplendoroso el escrito que Castellion remitió a Calvino, con motivo de la muerte en la hoguera de M. Servet, verdadero alegato contra la intolerancia y el fanatismo: "Matar a un hombre por defender una idea, no es defender una idea es, simplemente, matar un hombre".

El argumento de la obra, la aventura existencial, consiste en la realización de un viaje sin parada ni marcha atrás hasta la definitiva "Estación Términi". En nuestras manos está el que la travesía merezca la pena.

"Envejecer, morir, el único argumento" es uno de los versos del poeta Gil de Biedma y "la vida es ir de placebo en placebo hasta encontrar el genuino medicamento que es la muerte" un pensamiento de J. Cerón. Ambos escritores no por lúcidos dejan de ser vitriólicos y quizá haya que ser, nunca mejor dicho, vitalistas y apurar a tope lo que nos depara el destino, más en sintonía con lo mantenido por Anne Arendt: "A esta vida, aunque haya que morir, se viene a comenzar".

A pesar de todo queda mucho por hacer, ya que el futuro inmediato no invita precisamente ni al optimismo ni a los pobres, de modo que corremos el peligro de soportar un poder monopolizador con claras resonancias antievangélicas y de malaventuranza: todos los que no tienen nada serán desposeídos y los que más tienen seguirán acaparando.

Consecuencias y reconversión

Todas las circunstancias reseñadas conforman un mundo que debe tener una

atmósfera "fieramente antropológica" en la que el hombre, la razón y la inteligencia poseen las claves para que el proceso de globalización sea responsable, en el que debemos salvaguardar también el resto de las especies, así como los ecosistemas existentes y su biodiversidad.

En resumen, tenemos al hombre que si por naturaleza es sujeto ético con dignidad, por voluntad debe tener la insobornable aspiración de ser humanamente íntegro, con la libertad como estandarte que, sin embargo, no nos redime del miedo ingénito a equivocarnos o miedo a la responsabilidad. La razón como herramienta primera y principal, patrimonio de especie, que permite la singladura vital, tanto individual como colectiva, no sin sobresaltos. La inteligencia, que nos permite salir indemnes, al elegir acertadamente, de situaciones conflictivas o engorrosas. Ha permitido el *sapere aude* de la Ilustración, que nos ha rescatado de esa sofocante y castrante minoría de edad, en la que el ser humano se ha encontrado cautivo durante siglos. Cuando muere la inteligencia, la razón queda tuerta de comprensión y manca de discernimiento. La globalización, proceso imparable e irreversible, solo será benéfica si sirve para colmar las lícitas aspiraciones de igualdad, libertad y bienestar de todos los seres humanos. Si solo es el escaparate para que los países subdesarrollados conozcan, mientras agonizan, el bienestar y la opulencia de los instalados, solo será reprobable y sádica. Los países ricos no solo no deben desvalijar a los pobres, sino que deben ayudarles a salir de su secular atraso tanto en el plano económico como en el político y sociosanitario. ¡Que la globalización funcione para todos! De lo contrario, estaremos ante un arma de destrucción masiva de los más débiles.

Probablemente todavía estemos a tiempo de remediar la situación. ¡Reac-

cionemos! Huyamos del conformismo alienante, que nos hace ver el mundo como es y nos hurta cualquier posibilidad de cambiarlo. A veces se cogen pájaras de moral descomunales, que adormecen el sentido de culpa e impiden la adopción de medidas correctoras. Como decía J. Benet, cuando se pierde la esperanza de mejorar y, sobre todo, el deseo de hacerlo, el fin está cerca. El mejor antídoto sería el coraje de vivir. "Pensemos globalmente, actuemos localmente", no deja de ser un buen lema y un referente moral de primer orden, incluso frente a las propias dudas, que pueden asaltarnos en muchos momentos. El compromiso debe ser con los que sufren la historia, no con los que la hacen, uno a uno, de forma egoísta hasta el punto de hacer buenos los dichos de que "mientras los leones no cuenten con un historiador entre ellos, su historia la seguirán escribiendo los cazadores" o, como dice M. Leguineche, "los ecologistas nunca ganarán unas elecciones mientras no voten los árboles".

El panorama sindrómico

Quizá llevado por la deformación profesional, como médico tiendo a asociar las diversas situaciones y acontecimientos de la época que nos ha tocado vivir bajo diversos epígrafes sindrómicos. Al dicho popular de "la cabra tira al monte" se le podría contraponer el de "el internista tira al síndrome". A continuación, refiero unas muestras:

- En esta vida existen distintas posturas para asumir la realidad, que dicen bastante de las personas que las adoptan y que, arquetípicamente, vendrían representadas, más o menos, por las palabras Acción, Omisión, Obstrucción, Visión, Deformación. Así, hay personas con espíritu promotor irredento, empeñadas en asumir, esculpir y moldear

la realidad. Su medio natural es la acción y pueden ser pigmaliones benéficos que insuflan de energía y vitalidad a quienes los rodean. Solo saben dar "liebre por gato" y son los mejores, pero no los más frecuentes, y forman parte del denominado "síndrome de Pigmalión". Otros, por el contrario, se limitan a ser meros espectadores pasivos de los acontecimientos vitales, sin ningún ánimo de cooperación huyen de cualquier tipo de compromiso, sumidos en una aletargante perplejidad de la que solo se desperezan para preguntar ¿por qué? y ¿para qué? Como en el famoso relato del funcionario Bartleby, de Herman Melville, su lema vital podría resumirse en el "preferiría no hacerlo". Cuando preguntan para qué sirven los elefantes, se les debería contestar con el ¿para qué sirven los que hacen esa pregunta? Constituyen parte del bien llamado "parasitismo existencial" o "síndrome de Bartleby-Melville", que queda certeramente reflejado en la frase de M. Twain: "No dejes para mañana lo que puedas hacer pasado mañana".

- Cuando se esconde la cabeza debajo del ala no queriendo reconocer o asumir la realidad se forma parte del llamado "síndrome del avestruz", variante del anterior, en el cual el delito es de lesa pasividad u omisión, y sus consecuencias magistralmente descritas en el famoso poema atribuido a Brecht, "Vinieron un día a por y nadie dijo nada. Un día vinieron a por mí y nadie dijo nada, porque no quedaba nadie". Su conducta no deja de ser una forma suicida de tocar la lira mientras el mundo arde.
- En ocasiones, hay personas que anteponen el carro de sus inamovibles principios a los obstinados bueyes

de la realidad, con lo cual se produce atasco e inmovilismo. Cuando los principios prevalecen en el análisis de situaciones conflictivas, de manera perseverante y contumaz, y se intentan imponer a los demás, se convierten en prejuicios, allí donde la visceralidad arrincona a la razón y abdica de resolver problemas, que encima suelen ser de terceros. Con vocación de censores y moralistas no están dispuestos a transigir bajo ningún concepto, plantan la bandera de sus convicciones y la rodean de intransigencia, y resistir numantivamente y morir con las botas puestas si fuera preciso. Constituyen el paradigma del "síndrome del general Custer".

- En las antípodas, igualmente censurable, se encuentra el "síndrome de Procusto". Aparece como el mítico posadero griego que adaptaba la talla de sus huéspedes a las dimensiones de su lecho, amputando o descoyuntándoles según conviniera; hay personas que adaptan la realidad a sus intereses. Tienen vocación de transformistas y manipuladores. Solo se alinean con "el sol que más calienta" y actúan en defensa propia, sin importarles que su comportamiento tenga como única directriz su conveniencia. Suelen mimetizar de manera camaleónica con el poder imperante. Propietarios de una asombrosa movilidad ideológica, las convicciones y los escrúpulos son pesados fardos que solo entorpecen sus interesadas biografías. El castellano les reserva el vocablo "chaqueteros".
- "Síndrome F y S". E. Mendoza describe magistralmente a los fariseos como la imagen del hipócrita que finge escandalizarse de la conducta ajena y la juzga y condena, pero solo para promover sus propios fines y ocultar sus propias flaquezas. Otras

veces existen personas maniobreras o poco escrupulosas a la hora de cumplir lo pactado, que han pasado a la posteridad como los tramposos saduceos. A pesar de este pedigrí, suelen ir por la vida enarbolando la bandera de la honorabilidad y la respetabilidad, al igual que en tiempo de Jesucristo formaban el intocable cuerpo de escribas o doctores de la ley.

- "Síndrome de los soñadores". Afortunadamente, existen personas que cuando se plantean desafíos, en vez de quedarse en el ¿por qué? formulan el reto del ¿por qué no?
- Acusados de idealistas y visionarios, encarnan la sustancia del deseo, la voluntad y un entusiasmo sin límites. Además de terminar llevando razón, los seres humanos les debemos deuda de irrestricta gratitud a los B. Shaw, J. Verne y Hölderlin por habernos permitido soñar maravillosas lejanías espirituales sin levantar los pies del suelo.
- "Síndrome de Gary Cooper". Al igual que el héroe mítico cinematográfico, los seres humanos nos encontramos "solos ante el peligro", tanto en el momento del nacimiento como de la muerte. Los impresionantes avances de la "medicina regenerativa" pueden representar unos beneficios para la especie humana impensables hace unos pocos años, pero por el contrario encierran unos peligros que pueden ser aterradores si "cambian" la especie, injustos si redundan en beneficio de unos pocos, siempre los mismos, e intolerables si el uso es indebido, como ocurriría con la inadmisibles clonación reproductiva. En lo referente al final de la vida, se debe tener claro que el problema no reside en elegir entre vida o muerte sino, en ocasiones, en optar entre muerte

digna o no. Para muchas personas la dignidad está residenciada en su voluntad sin hipotecas, y en una libertad a cubierto de trabas para poder ejercer su insobornable autonomía hasta el final.

- “Síndrome del barquero”. Oficio antiguo y mítico el de barquero, que en su día fue imprescindible y necesario para el progreso y el normal desenvolvimiento de determinadas funciones de transporte. Sucede que en los tiempos actuales existen nuevos medios de transporte más seguros y eficientes que han relegado a aquel a la mera anécdota. Sin embargo, existen determinadas personas que permanecen aferradas a formas de hacer anticuadas, ya sea por miedo al cambio o dificultad de aprendizaje, que se enrocan sin importarles que las personas a las que se debería aplicar los nuevos conocimientos queden huérfanas de sus beneficios. Son personas intransigentes, que permanecen ancladas al pasado, prefieren la naftalina al progreso y por ello son éticamente reprochables.
- “Síndrome del gato”. ¡Viva la modernidad! Por ello, “todos los gatos quieren zapatos” sin reparar en gastos, sin priorizar las necesidades y, lo que es peor, sin pensar en que los recursos son limitados y por imperativo de estricta justicia deben gestionarse adecuadamente. Por ello, siempre es conveniente considerar el siguiente síndrome.
- “Síndrome del aguafiestas”. Palabra cargada de connotaciones peyorativas la del aguafiestas, pero que tras una somera reflexión y dependiendo de las circunstancias encierra prudencia y buen juicio. El mundo actual está saturado de conocimiento y de adelantos tecnológicos y la sociedad quiere aprove-

char los beneficios y, además, puede ponerlos en práctica en muchas ocasiones. Es en determinadas circunstancias, cuando el coste-beneficio es inapropiado, cuando se debe alzar la voz autorizada, aunque impopular, de los expertos que desaconsejan su instauración. Se quiere, se puede pero no se debe. Precisa de claridad explicativa y transparencia y, aun así, no se asegura la comprensión de la ciudadanía, por lo que siempre suele ser una labor ingrata.

- “Síndrome de Calipso o de los cantos de sirena”. A propósito del síndrome anterior, los autores R. Deyo y D. Patrik reflejan en su libro *Esperanza o propaganda* la obsesión que pueden llegar a tener los ciudadanos con los avances de la Medicina y el alto coste de las falsas promesas. Después vendría eso tan cernudiano como la frustración, que no es sino la distancia entre lo posible o deseable y la dura realidad. Una buena norma sería no ilusionarse con espejismos y quimeras, que luego se traducen por desengaños, despilfarro y, lo que es peor, gratuitos efectos secundarios.
- “Síndrome de la mujer del arzobispo”. También conocido como “golpe bajo al antropocentrismo”. El género humano, en ocasiones, es digno de compasión, cuando no de lástima. Por nuestra pequeñez y miopía intelectual, en absoluto exenta de soberbia y prepotencia, nos hemos considerado durante siglos el centro del Universo y pobre del que osara poner en tela de juicio tan apodíctica verdad.

Tiene que aparecer una inteligencia ciclópea como la de C. Darwin en el siglo XIX, para que con su magna obra sobre la evolución deje

KO a la teoría del reaccionismo de un tremendo e inobjetable puñetazo intelectual y nos ponga en el pupitre donde nos corresponde en la clase de las especies: al lado de nuestro pariente cercano, el mono. Hasta tal punto se conmocionó y perturbó la sociedad de la época que durante una temporada la mujer de un arzobispo anglicano paseaba como una posesa por los puritanos salones victorianos londinenses recomendando a quienes los frecuentaban que no comentasen con nadie la teoría de ese naturalista impío y loco, pues el pueblo llano, decía, no debe tener ningún conocimiento de ella, aunque fuese, que lo era, una absoluta mentira y una burda patraña.

Hace unos meses, en un canal temático de TV pusieron un reportaje de la nave espacial Voyager en los años 70-80, que antes de abandonar nuestro sistema solar fue encarada por última vez, por orden del científico C. Sagan, hacia nuestro sol.

La tierra aparecía como un puntito azul y blanco diminuto. ¡Sobrecogedor! Como diría Unamuno, para el Universo somos una insignificancia, pero para nosotros somos el Universo. Ello quizá nos devuelve hacia una "recuperación gozosa del antropocentrismo" y nos lleva al siguiente síndrome.

- "Síndrome del mono desnudo". Cuando se analiza el Universo en "micro", en vez de en "macro", nos topamos con el genoma y recibimos, junto con la mujer del citado arzobispo, otro aparente tantarantán en nuestro dolorido ego: tenemos en común con el chimpancé más del 99% de material genético, pero por dejar las cosas en su sitio, me voy a permitir un

alarde triunfalista. En esa ínfima diferencia genética, están residenciados nada menos que el lenguaje, la destreza manual, la inteligencia, la voluntad, la responsabilidad y el sentido del deber, el libre albedrío, la capacidad de discernimiento, el respeto o tener en consideración a los demás, el evocar, planificar, reír, llorar, hacer poesía, construir utopías... ¡Madre mía! Como contrapartida, y siguiendo a J. Goodall, si se le quita al hombre el instinto de violencia, el fanatismo, la ambición desmesurada, el egocentrismo, la mentira, la superstición, la ordinariez, la deslealtad, la vanidad y la ingratitud puede llegar a ser un chimpancé.

- "Síndrome de la isla de Pascua". Viene a ser una metáfora, verosímil e inquietante, del mundo actual, que J. Diamond expone en su reciente libro *Colapso*. En él explica, con claridad diáfana, las razones de la prosperidad o decadencia de unas sociedades que perduran o, por contrario, caminan a la extinción. Hace muchos años la isla de Pascua tenía una vegetación exuberante y abundantes recursos naturales. Al parecer estaba poblada por dos tribus de nativos, llamados rapanuís, una de las cuales, dominante, esclavizó y explotó a la otra, en beneficio propio sin ningún tipo de miramiento. Cuando los recursos naturales empezaron a escasear, comenzó el exterminio de los débiles y la deforestación continuó implacable. El final se intuye por inanición y por la autodestrucción entre los pocos miembros que fueron quedando de la tribu dominante. Hoy día, solo queda tierra yerma y desértica, con los famosísimos "moais" como mudos testigos de excepción del horror pasado. No hace falta aplicar el método analógico a nuestros días, de lo que po-

día haber sido solo una fábula fatalista.

- “Síndrome de los lotófagos”. Homero cuenta el mito de unos pueblos que se alimentaban con flor de loto, lo que les hacía perder la memoria y les sumía en la irresponsabilidad y la insolvencia, incapaces de cualquier intento de civilización. Vivían en un Alzheimer colectivo, a la intemperie, e inermes ante la adversidad y sin posibilidad de evitar repetir errores del pasado. Como dice el neurólogo M. Gazaniga: “La memoria no es tanto un mecanismo para recordar el pasado como un medio para prepararnos para el futuro”, y la poetisa Ana M.^a Navales profetiza: “Días de oscuridad y mentira en el viento que azota y hiere las alas de la memoria”. Quizá estemos muy necesitados de una dieta de bajo contenido en loto.
- “Síndrome del canódromo”. Los seres humanos debemos considerar la vida como una aventura que hay que comenzar imbuidos de la idea de ser felices a toda costa. Borges al final de sus días sólo lamentaba y se reprochaba el pecado de no haber intentado ser feliz todos los días de su existencia. Pero la felicidad, independientemente de la dificultad conceptual y de la variabilidad que presenta de unas personas a otras, no es que nos sea esquiva, sino que parece estar permanentemente en fuga, hasta el punto de ser inalcanzable. Sería como la liebre mecánica que se persigue denodadamente, sin saber, pobres galgos, que el cobrarla les está vedado. ¿Para qué sirve entonces el esfuerzo de intentar conseguirla? Pues para caminar y progresar con la vista hacia delante y no quedarnos colgados en el camino, que no es poco.

Despedida y cierre

La auténtica justificación y dimensión del Yo requiere para alcanzar su verdadera plenitud del concurso de las demás personas del verbo. Tener en consideración al prójimo y a la mujer del prójimo, a todos sin excepción y sin discriminación por razones de ideología, credo, etnia o procedencia. De lo contrario, como ya se ha comentado, se trataría de autismo insolidario y estéril. Hay que abogar por la conquista de unos valores universales, que no son exclusivos de unas civilizaciones en detrimento de otras, y que acceden y emergen a nuestra conciencia de modo lento y pausado. Como dice Goytisoló: “La fuerza de la razón es la que opta por la alianza de valores universales, cívicos y laicos, fruto de la resistencia de las mentes lúcidas al dogmatismo de las identidades nacionales, étnicas o religiosas, que hoy como ayer proliferan beligerantemente en nuestro minúsculo y sobreexplotado planeta”.

La aventura existencial está insoslayablemente salpicada por el dolor, las enfermedades, el sufrimiento y la muerte, lo que no tiene por que empañar el deseo y la necesidad de vivir. La vida, como sostenía A. Watts, debe ser una realidad a experimentar más que un problema a resolver. Se pueden pasar todas las penurias y calamidades imaginables y levantarse todas las mañanas con una sonrisa. En esta capacidad para afrontar la adversidad residencian, vitalistas como E. Hemingway y mi hermana Elisa, la alegría de vivir. E. Galeano reivindica como es debido la utopía y sostiene que, aunque es inalcanzable por mucho que se camine, sirve para eso, para caminar. Nada más y nada menos. ¿Nos parece poco?

Cuando los seres humanos venimos al mundo corremos el peligro de considerarlo como una herencia de nuestros padres, de la que podemos disponer a

nuestro antojo y derrochar a fondo perdido sin reparar en gastos y sin rendir cuentas a nadie que no seamos nosotros mismos. Tremendo error conceptual, que nos puede costar muy caro como especie. Se debería inculcar desde la infancia que el mundo no es una herencia de los padres, sino un usufructo de nuestros hijos y como tal, a ellos y a las generaciones venideras deberemos entregárselo en perfecto estado de revista. El mundo, por tanto, no se hereda, ni se compra y mucho menos se dilapida. Como el cariño o la nobleza, se conquista día a día y se cuida como los préstamos que hay que devolver en su totalidad y en el plazo convenido. Hasta tal punto es importante el cuidado y conservación del planeta, que en las nuevas corrientes de pensamiento, según N. Terribas y F. Abel del Instituto Borja, no se concibe una bioética moderna sin abarcar la demografía y la ecología. La contaminación medioambiental y el desigual reparto de la riqueza tienen un marcado impacto en la salud de los pueblos, teniendo los más desfavorecidos vedado el acceso a los progresos médicos,

lo que no es más que un atentado a la equidad y una flagrante injusticia. Como dijo A. Guide: "El siglo XXI será espiritual y ecológico o no será".

Por último, una manera de no perder el norte sería que cada uno hiciéramos correctamente lo que nos corresponde, donde nos corresponde. W. Lecky en su libro Historia de la moral europea comenta: "En un momento dado, los afectos benevolentes abarcan solo a la familia, después el círculo se va ampliando a un grupo, una clase, una nación, después a una coalición de naciones, luego a toda la Humanidad y, finalmente, su influencia se siente en el trato del hombre con el mundo animal y con la ecología...". Para P. Singer, se trata sin duda de la máxima expresión y expansión del más que deseable círculo moral, en el que deberíamos desarrollar nuestros comportamientos. Tarea ardua y difícil, pero como dice P. Casaldáliga "La utopía, al igual que la poesía, es necesaria como el pan nuestro de cada día y ayuda a asumir la realidad y a intentar transformarla radicalmente". Amén.